

TIEMPO DE HISTORIA

MICHAEL
WOOD

EN BUSCA
DE LA GUERRA
DE TROYA



CRÍTICA

Michael Wood

En busca
de la guerra de Troya

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: In Search of the Trojan War

© del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2013

© de la imagen de la portada, Getty Images

© Michael Wood, 1985,1996,2005.

First published by BBC Books, an imprint of Ebury Publishing,

a Random House Group Company.

Digitalización y formatos: LTC y 000

© de la traducción, Silvia Furió, 2013

Revisión técnica: Virgilio Ortega

© Editorial Planeta S. A., 2013

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

ISBN: 978-84-9892-539-5

Depósito legal: B. 5533 2013

*Es irrelevante cuántos siglos
nos separen de una época pasada.
Lo fundamental es la trascendencia del
pasado para nuestra existencia intelectual
y espiritual.*

ERNST CURTIUS, discurso en
memoria de Heinrich Schliemann,
Berlín, 1 de marzo de 1891.

PREFACIO

Ciento treinta y cinco años después de que Heinrich Schliemann hincara la pala en el legendario montículo de Hisarlik en el noroeste de Turquía, el mayor misterio arqueológico sigue atrayendo titulares. Recientemente se produjo la espectacular reaparición de las Joyas de Helena: muchos creían que habían sido destruidas durante el saqueo de Berlín en 1945. Almacenado en el zoo de la ciudad en una enorme torre antiaérea de hormigón, la Flakturm, el tesoro (que Schliemann había asociado a la propia Helena de Troya), ahora lo sabemos, fue extraído en secreto por el ejército soviético: el oro terminó en Moscú y los bronceos en San Petersburgo. Ahora por fin han vuelto a ver la luz, algunas piezas todavía con terrones de tierra procedente de la llanura troyana. Ante la perspectiva de futuras exposiciones en Rusia y en otros lugares (posiblemente en Grecia y Turquía) el relato ha cautivado de nuevo la imaginación del público.

Entretanto, en la misma Troya se están desarrollando acontecimientos potencialmente más emocionantes si cabe. Tras un lapso de más de cincuenta años, el yacimiento está siendo excavado otra vez y proporcionando ya nuevas pruebas de que lo que llamamos Troya, es decir, el montículo de Hisarlik, es en efecto el emplazamiento de la legendaria ciudad saqueada en el poema épico griego de la *Ilíada*: la ciudad de Príamo y Héctor.

La primera edición de este libro relataba la historia de las tres grandes excavaciones del yacimiento de Troya llevadas a cabo por Schliemann, Wilhelm Dörpfeld y Cari Blegen. Todos ellos afirmaron haber resuelto el acertijo de la guerra de Troya, pero cada uno encontró una guerra diferente en un nivel diferente del yacimiento. A ninguno de ellos se le otorga universalmente la resolución del misterio. En el verano de 1938, los últimos excavadores, la expedición de Cincinnati bajo la dirección de Cari Blegen, cerraron sus trincheras en Hisarlik. Como ellos mismos admitie-

ron, quedaban muchas cuestiones sin responder, en parte debido al anterior destrozo del yacimiento por parte de Schliemann, pero también debido a las limitaciones de la técnica arqueológica de la época. Al igual que la mayoría de la gente, Blegen concluyó que el emplazamiento estaba tan destruido que pocos testimonios nuevos podrían extraerse de aquella colina. Por consiguiente, durante mucho tiempo pareció que el informe de Blegen sería la última palabra acerca de la arqueología de Troya. Sin embargo, en 1988 se anunció una nueva e importante excavación de veinte años en la ciudadela y en la ciudad baja, donde muchos sospechaban que podía haber un gran asentamiento de la Edad de Bronce bajo la ciudad romana tardía. Bien financiados y provistos de recursos por los EE.UU. y por Daimler-Benz en Alemania, Manfred Korfmann y su equipo internacional de la Universidad de Tubinga están utilizando un amplio abanico de herramientas científicas modernas para establecer mediante el reconocimiento y la excavación una historia cultural y ambiental de la región de Troya. Puede decirse con rigor que parece probable que se llegue a la resolución de una serie de importantes problemas sobre Troya; los resultados obtenidos hasta ahora están resumidos aquí en un nuevo capítulo final.

¿En qué punto se encuentra hoy la historicidad de Troya y de la guerra de Troya? Recapitulando, la tesis de la versión original de este libro era la siguiente. El montículo de Hisarlik fue el emplazamiento de la histórica ciudad que el poeta griego Homero dice que fue saqueada por los griegos durante la Era Heroica. La Hisarlik de la Edad de Bronce fue probablemente la sede principal de uno de los importantes estados de la Anatolia occidental (la Turquía egea). Estos se conocen a partir de cartas diplomáticas escritas sobre tablillas de arcilla halladas en numerosos yacimientos de la Edad de Bronce en Turquía. Troya era quizá un estado cliente del imperio hitita, que en aquellos tiempos era una de las principales potencias de Oriente Próximo. Dicho estado fue causa de hostilidades entre los griegos y los hititas a mediados del siglo XIII a. C. Argumenté

también que la datación convencional de la guerra de Troya establecida por Cari Blegen ya no podía sostenerse, y que la destrucción de Troya había de situarse a comienzos del siglo XIII a. C. (quizá c. 1275-1260) cuando el mundo griego micénico estaba en todo su esplendor, y cuando los hititas combatían por mantener un señorío flexible en la Anatolia occidental. Sugerí que este era el verdadero trasfondo de la guerra de Troya, inferido a partir de fuentes primarias de primera mano, los archivos diplomáticos del imperio hitita, donde hay testimonios de relaciones entre los hititas y un poderoso «Gran Rey» del mundo egeo que puede identificarse con un rey de reyes griego de la península, tal como la leyenda recordaba a Agamenón. En pocas palabras, los hechos esenciales de la historia de Homero son todos ciertos: la ciudad, su ubicación junto a los Dardanelos, la expedición griega y la guerra.

Veinte años después puedo decir, con un justificable sentido de alivio, que las especulaciones de la primera edición de este libro no han quedado desmentidas por los nuevos hallazgos; es más, parece más probable que sean correctas antes que incorrectas. En aquellos momentos, numerosos académicos exhibían una reticencia justificable ante la idea de admitir que la épica tuviera una conexión real con los acontecimientos históricos del siglo XIII a. C.; de hecho el sentimiento más extendido era que la guerra de Troya no era más que un mito sin ninguna relación con la historia. La primera edición de este libro tuvo el honor de ser vehementemente criticada, al salir a la luz, por el decano de los escépticos de Troya, el difunto Sir Moses Finley. Sin embargo, en otro lugar Donald Easton dedicó varias páginas a esta tesis en la revista *Antiquity*, llegando a una conclusión favorable. Desde entonces, se han producido nuevos descubrimientos en arqueología, registros diplomáticos y lingüística que siguen completando un trasfondo histórico veraz de la guerra de Troya, del mismo modo que ya nos han proporcionado importantes detalles sobre la ciudad junto a los Dardanelos, que sigue siendo el yacimiento prehistórico más extraordinario de la Anatolia occi-

dental. Ahora más que nunca, desde el casi siglo y medio transcurrido desde que Schliemann hincara su pala en Hisarlik por primera vez, parece haber una base histórica que sustenta el relato de Troya.

En esta nueva edición de *En busca de la guerra de Troya* he añadido un capítulo final que resume los recientes descubrimientos hechos en Troya y en sus alrededores, con especial referencia a las nuevas excavaciones que se están llevando a cabo en el yacimiento de Hisarlik. He añadido también una actualización de la bibliografía. Estoy agradecido a la Dra. Elisabeth French por su constante generosidad al responder a mis consultas y por permitirme publicar la carta de Cari Blegen a su padre Alan Wace citada en la página 137. También quiero dar las gracias al profesor Manfred Korfmann por los detalles y correcciones relativos a sus hallazgos en Besik Tepe y en la propia Troya.

Michael Wood

AGRADECIMIENTOS

«Me gustaría lanzarme a la búsqueda de Utopía, o de la isla caribeña de Robinson Crusoe y de su cabaña, y regresaría con la misma compensación», dijo el temible Jacob Bryant respecto a la búsqueda de Troya, de cuya existencia dudaba (1799). Si he regresado de mi propia odisea particular con alguna compensación, se debe en gran medida a los muchos académicos y amigos que me han concedido el beneficio de su conocimiento.

En primer lugar quisiera agradecer a los amigos que hicieron las películas para las que se escribió este libro: a Bill Lyons, que las produjo y dirigió con gran habilidad y energía troyana; a Annette Steinhilber, que, como siempre, fue una torre de fortaleza; a Richard Gannicliff, Dennis Cartwright y Alan Parker, que fueron fuentes constantes de apoyo y buen humor; a Colin Adams, productor ejecutivo de las películas a las que acompaña este libro, por su valiosa paciencia y consejo durante la realización y edición de esta serie. Quedo también agradecido a David Jackson, Graham Veevers y Terry Bartlett, y a Pat Haggerty y Roy Newton, que aportaron sus especiales aptitudes a la edición. Mordo y Servim Berker hicieron todo cuanto estuvo en sus manos en Turquía y no escatimaron hospitalidad. En Grecia tengo una deuda especial con Maria KoumarianouPowell. Sheila Ableman editó el libro sin alterarse, y Viv Brearly extrajo con precisión un hilo conductor a través de un laberinto de manuscritos: a ambas mi más cálido agradecimiento.

Mis deudas con los académicos profesionales que trabajan en este campo son insólitamente grandes. Me gustaría dar las gracias a los profesores George Huxley, Kevin O’Nolan, John Davies, Leonard Palmer, Oliver Gurney, Peter Warren, Colin Renfrew, James Hooker y Sir Moses Finley, a los doctores Oliver Dickenson, Chris Mee, Mervyn Popham, Nancy Sandars, David Hawkins, John Lazenby, Jim McQueen, John Killen, Livia Morgan, Brian Hainsworth, James Jackson, Lord William Taylour y al general Sir John Ha-

ckett: todos ellos tuvieron la amabilidad de dedicar parte de su tiempo a debatir algunos temas conmigo.

Estoy especialmente agradecido al profesor Geoffrey Kirk, al profesor R. H. Crossland y al Dr. John Chadwick por su ayuda y consejo, y a los doctores John Bintliff, James Melhart, Donald Trail y al profesor Hans Güterbock por permitirme todos ellos utilizar su material inédito. Lesley Fitton amablemente me localizó las cartas de Calvert y Schliemann en el Museo Británico. El Dr. Ken Kitchen me proporcionó abundante material inaccesible con su característico y entusiasta apoyo, por lo que le estoy sumamente agradecido. Donald Easton fue muy generoso al debatir conmigo el problema de Troya a la luz de sus investigaciones sobre los cuadernos de notas de Schliemann, y me permitió utilizar su material inédito en los planos: todos los aficionados aguardan con impaciencia la publicación de su trabajo. También me gustaría dar las gracias a James Candy por compartir sus recuerdos de Sir Arthur Evans. Un deber especialmente agradable es mi agradecimiento a Sandy McGilivry, Sinclair Hood y William Taylor por una velada memorable en la «taberna» de Cnosos debatiendo sobre los espinosos problemas de aquel maravilloso yacimiento; también en Grecia, los profesores Catherine Koumariou, C. Dumas y Spiro Jacovides, y los doctores J. Sakellarakis y Alexandra Karetsou fueron de gran ayuda. Al profesor George Mylonas le debo un día inolvidable en Micenas. Un agradecimiento especial para las Escuelas Alemanas en Atenas y Estambul por su gran amabilidad, y en particular a Klaus Kilian en Tirinto por su inagotable generosidad con su tiempo y su material. En Atenas, Jerome Sperling compartió sus emocionantes recuerdos de las excavaciones de la Universidad de Cincinnati en Troya. En Turquía estoy agradecido por su ayuda a los profesores Ekrem Akurgal y T. Osgüç, al Dr. Sedat Alp y Mustafa Gözen Sevinç, director del yacimiento de Troya, a la Sociedad Histórica Turca, y a Seref Taslioiva y a los bardos públicos de Kars por mostrarme parte de las antiguas tradiciones de los cantores de relatos; en el extremo oeste de Europa, John Henry y el pue-

blo de Kilgalligan, en el condado de Mayo, con la presentación de Seamus O Cathoin, me permitieron entrar en breve contacto con la última de estas tradiciones en las Islas Británicas. Por último, tengo que dar las gracias al profesor John Luce por leer mi texto y sugerir mejoras, y a la Dra. Elizabeth French, que por el hecho de ser vecina tuvo que soportar mis frecuentes preguntas con inagotable paciencia: a su ojo crítico le debo más de lo que ella imagina.

No obstante, la habitual advertencia acerca de la responsabilidad es especialmente necesaria aquí: nunca se insistirá suficiente en que ninguno de los académicos arriba mencionados es responsable de ningún error de hecho o interpretación que pueda descubrirse en el presente volumen. En una obra de síntesis no es posible hacer justicia a todas las teorías divergentes que abundan en este campo altamente polémico: ¡bien se ha dicho que los historiadores lidian con ambigüedades, los periodistas con certezas! Por lo menos espero que lo que escribió Gladstone hace más de un siglo acerca de Homero siga siendo cierto: «Ningún esfuerzo dedicado a cualquiera de los grandes clásicos del mundo, sean cuales fueren los logros obtenidos, es un desperdicio. Es mejor escribir una palabra sobre una roca que mil en el mar o en la arena». (*Estudios sobre Homero.*)

PRÓLOGO

Durante un período largo Ilium fue para el mundo pagano lo que Jerusalén es hoy para los cristianos, una ciudad «sagrada» que atraía a los peregrinos por la fama de sus guerras y sus infortunios, y por la sombra de la antigua santidad que reposa en ella. Sin abusar del lenguaje, podemos decir que hace tres mil años una voz hablando desde esta colina envió sus palabras a todo el mundo antiguo, y sus ecos todavía reverberan sobre el mundo moderno.

CHARLES MACLAREN, *The Plain of Troy Described* (1863)

El ferry procedente de Galípoli, que atraviesa las «rápidas aguas del Helesponto», remonta la corriente para llegar a la orilla opuesta en Çanakkale describiendo un gran arco, tan fuerte es la corriente que fluye por los Dardanelos. Olas de color turquesa de un brillo anormal se estrellan contra nuestros costados, mientras el incesante viento convierte en espuma las salpicaduras. Aquí, en la parte más estrecha, por donde Lord Byron cruzó a nado y donde Jerjes construyó su puente de naves, el canal tiene un kilómetro y medio de ancho. A nuestras espaldas se extiende la península de Galípoli, y con ella emergen los recuerdos de una guerra más reciente. Enfrente se divisa la orilla asiática, los alminares de Çanakkale. Este ha sido un punto por el que han cruzado ejércitos y comerciantes, y por el que se han producido migraciones de pueblos desde antes de la historia. Y es el camino hacia Troya.

¡El camino hacia Troya! ¿Acaso hay otros nombres capaces de evocar semejantes sentimientos en tantos habitantes del mundo? De todos los relatos narrados por la humanidad y registrados a lo largo de la historia, ¿acaso hay un lugar más famoso?

Desde las calles empedradas de Çanakkale una carretera moderna asfaltada conduce hacia el sur a lo largo de la franja costera, pasado el emplazamiento del antiguo Dárdanos, hoy día una simple cresta amorfa que se alza por encima del mar, repleta de cascotes. En la parte derecha, los pinares descienden hasta la orilla; a la izquierda se extiende una cadena de colinas poco elevadas. Pueden observarse barcos que suben hacia el mar Negro o bajan hacia el Mediterráneo: un carguero griego, un crucero ruso y pequeños barcos pesqueros que acuden a la captura de la caballa y del atún igual que hacían en la Edad de Bronce. Después de unos 16 kilómetros aproximadamente, la carretera abandona la costa y desciende desde Erenköy (Intepe) hacia una llanura fértil salpicada por campos de algodón, girasoles, robles y trigo; el ganado pace tranquilamente y los álamos blancos y los sauces se alinean a orillas de los ríos y canales de riego. Aquí incluso pueden verse camellos cargados de tabaco y vasijas de almacenaje de aspecto antiguo, atadas con cuerdas a sus alforjas de alegres colores. Es el valle del Dumrek Su, el antiguo río Simois. Justo delante, en ángulo recto con la carretera, se extiende una larga sierra cubierta de bosques, a unos treinta metros por encima de la llanura: la carretera asciende la empinada ladera, y en la cima hay un cartel que indica hacia la derecha: «Truva», Troya.

Torcemos por una estrecha carretera local y continuamos a lo largo de la cadena montañosa hacia el oeste, hacia el mar. Si giramos a la izquierda tras la encrucijada, pasamos por el pueblo de Çiplak: caminos fangosos, casas anatólicas con colgaduras y con entramados de madera, cuyo enlucido se desgaja dejando a la vista el adobe; por la carretera un muchacho conduce las vacas hacia el establo blandiendo una vara; una manada de gansos. Aquí es donde Heinrich Schliemann vivió al principio, cuando empezó a excavar el yacimiento en 1870. En aquel entonces era un pueblo de turcos «feroces», fundado probablemente en el siglo XV o XVI cuando por fin se extinguió la vida en el cercano enclave de Ilium Novum. En 1816 los viajeros recordaban que el pueblo se había construido a partir de las ruinas

de la ciudad, y de hecho Schliemann dice que en 1873 se construyó la nueva mezquita y su alminar con las piedras procedentes de sus excavaciones. Continuamos hacia delante y pasamos por el pueblo de Tevfikiye con sus tiendas de souvenirs y su espuria «Casa de Schliemann»: este lugar fue totalmente construido con los escombros de la excavación de Schliemann. Al oeste de Tevfikiye, los campos sembrados están repletos de piedras, cascotes y fragmentos de mármol vetado rojo y blanco. Esta meseta es el emplazamiento de la ciudad clásica de Ilium Novum, «Nueva Troya», que existió desde el año 700 a. C. hasta el 500 d. C. Durante el mundo antiguo se pensó que este lugar estaba ubicado sobre el enclave de la ciudad saqueada en la guerra de Troya. El viento sopla con fuerza sacudiendo los robles que crecen en torno al yacimiento, levantando el polvo. A través de los árboles se divisa un impresionante caballo de madera, instalado para que los grupos de turistas puedan posar y obtener una instantánea delante de «la feroz bestia de Argos» de cuyo vientre saltaron los héroes griegos para «saciar su sed de sangre de príncipes». ¡Y qué viento! Frío e implacable. (¿Acaso no dijo Homero que Troya era sobre todo «muy ventosa»?)

Caminemos por el claro de pinos en torno al museo del yacimiento, a través de un pequeño y cuidado jardín en el que se alinean urnas, tambores de columnas estriadas y bases de estatuas inscritas con las hermosas mayúsculas del griego clásico: frases rotas que hablan del sentido de unicidad que aunaba al mundo clásico: «Meleagro saluda al Consejo y al pueblo de Ilion... movido por su veneración por el templo y por su sentimiento de amistad por vuestra ciudad...». (La definición de civilización: «vida en una ciudad»; «Pregúntame por una verdadera imagen de la existencia humana», escribió el romano Séneca, «y te mostraré el saqueo de una gran ciudad».)

Más allá de los árboles se llega al propio yacimiento, una colina denominada Hisarlik. Lino se percata al instante de que está en el borde de la meseta. Hacia el norte y hacia el oeste, la tierra desciende de forma bastante pronun-

ciada hacia el verde intenso de la llanura, así que la ciudad se levantaba en un lugar prominente, si no «escarpado», como lo describe Homero, por lo menos elevado sobre la llanura. Hacia el suroeste, más allá del monte Sigeo, que señala la costa, se divisa la característica joroba de la pequeña isla de Ténedos, donde según Homero los griegos tuvieron una base durante los diez años del asedio. En el horizonte noroeste, si el tiempo es bueno y el cielo está despejado (a menudo no lo está), puede verse el mar Egeo y, todavía más allá, lo que parece un largo promontorio. Se trata de la isla de Imbros, y escudriñando por encima de ella (si la luz es excepcionalmente buena) surge una visión gloriosa: el gran monte Fengari, en la isla de Samotracia, a unos ochenta kilómetros de distancia. Fue desde el Fengari, «la cima boscosa de Samos de Tracia», dice Homero, desde donde el dios Poseidón contempló la guerra de Troya; este espléndido espectáculo, escribió el viajero inglés Edward Clarke en 1810, ... frustraría cualquier intento de descripción, pues se erguía con prodigiosa grandeza; y mientras su etérea cima relucía con indescriptible fulgor en el cielo sin nubes, parecía, a pesar de su remota situación, como si su inmensidad pudiera aplastar toda Troya si un terremoto la arrancase de su base.

A nuestros pies se halla lo que hoy llamamos Troya. Si uno espera algo grandioso, algo que recuerde las «torres sin coronar de Ilión», un castillo medieval quizá, o las murallas ciclópeas de Grecia, quedará decepcionado. El lugar es diminuto, de 183 metros por 137: el tamaño, digamos, del cementerio de San Pablo o del vestíbulo de la estación de Euston en Londres. Ante nosotros se extiende un tramo de muralla cuidadosamente construida, tras ella un descuidado laberinto de ruinas superpuestas de diferentes épocas, un revoltijo de surcos y zanjas repletas de arbustos y escombros.

Lo primero que llama la atención es que hay varios niveles de ruinas y que no existe una única Troya, por así decirlo. A todo ello se le añade la dificultad de distinguir las características de las diferentes fases de Troya y de ver dónde